



Jules Verne (1828-1905). Literatura, didactismo y geografía

*Jules Verne (1828-1905).
Literature, Didacticism and Geography*

■ Santiago Prieto

Resumen

Jules Verne es considerado el creador de la "ciencia ficción", género que hoy posee gran número de cultivadores y lectores. Sin embargo, Verne significa algo más en la Historia de la Literatura. Al cumplirse un siglo de su muerte, en este artículo se repasan los aspectos más significativos de su vida y su obra.

Palabras clave

Jules Verne. *Viajes extraordinarios*. Síndrome de Ulises. Ciencia en la novela.

Abstract

Jules Verne is regarded as the creator of science-fiction, a genre which today has a great number of both promoters and readers. However, Verne has much more significance in the History of Literature. A century after his death, this article revises the most outstanding aspects of his life and work.

Key words

Jules Verne. *Extraordinary Voyages*. Ulysses' syndrome. Science in novel.

■ *Sólo he hecho sugerencias.*Jules Verne¹

El autor de dos libros de poemas, once volúmenes de ensayos, veinte obras de teatro y más de setenta novelas, excelentes al menos diez de ellas; el escritor del que Tolstoi dijera: "He leído sus novelas cuando ya era adulto y me han entusiasmado. Verne es un maestro sorprendente"; el creador de todo un nuevo género literario, cual es la ficción fundada en la ciencia; el hombre que sufre los achaques de una diabetes que la medicina del momento no puede tratar, poco antes de rendir viaje resume su trayectoria literaria en una frase: "Sólo he hecho sugerencias".

Cierto es que fue escueto, pero, al igual que la biografía de un gran escritor no acaba con su muerte, un resumen, aunque pueda servir para salir del paso, con frecuencia también es discutible.

Nota biográfica

a) *Los primeros años.* En el sur de Bretaña, el estuario del Loira comienza en Nantes. Desde tiempo inmemorial la vida de la ciudad está marcada por ese río navegable en los sesenta kilómetros que aún le faltan para desembocar en el Atlántico. En el siglo XIX, los múltiples brazos del Loira y sus afluentes Erdre y Sèvre rodean numerosas islas, algunas de ellas urbanizadas. En el Paseo Olivier de Clisson, en la isla Feydeau, hoy en el centro de Nantes, nace Jules Gabriel Verne el ocho de febrero de 1828.

Primogénito del matrimonio de Pierre Verne, abogado procedente de París, y Sophie-Henriette de la Fuÿe, de familia bretona de armadores de buques, en 1829 ve nacer a su hermano Paul, con el que siempre mantendrá una relación de profundo afecto. Sus hermanas Anne, Mathilde y Marie nacerán entre 1836 y 1842.

Verne recibe una buena educación y desde muy pronto adquiere una sólida cultura; en primer lugar, en el colegio Saint Stanislas, donde destaca en latín, griego, música y geografía; después, desde los 13 hasta los 16 años, en el Petit Séminaire, y hasta los 18 en el Lycée Royal, todo ello en Nantes. Por entonces ya es evidente su afán literario.

Conviene hacer referencia aquí a dos puntos repetidos por los biógrafos, tal vez por seguir al pie de la letra la biografía que su sobrina Marguerite Allotte de la Fuÿe publicó en 1928, como son, por un lado, su presunto intento infantil de fuga; y, por otro, la incompreensión de su padre.

Así, se ha escrito que en el verano de 1839, cuando tiene once años, Verne pretende escapar del opresivo hogar familiar en un buque rumbo a la India; e, incluso, que un motivo añá-

¹ Gordon Jones. *Jules Verne at home*. Entrevista publicada en: Temple Bar. London Magazine for Town and Country Readers; nº 124, junio, 1904; pp. 664-671.

dido habría sido el rechazo de su prima Caroline a su petición de matrimonio. Sin embargo, si bien es cierto que Verne "bebía los vientos" por su prima desde la adolescencia, no es hasta 1847, ambos con 19 años, cuando ella le da calabazas al hacer público su compromiso con "un mejor partido" que un simple poeta. Y, en cuanto a la presunta fuga, el propio escritor nos dirá años más tarde: "Entonces sólo teníamos los pesados veleros de la marina mercante. ¡Cuántos recuerdos me vienen a la memoria! ¡Cómo deseaba salvar la tabla que los sujetaba al muelle...! Pero, con mi timidez de niño... Sin embargo, un día me arriesgué... Estoy sobre el puente... ¡Qué gozo! Los paneles de la bodega están abiertos y me inclino sobre ese abismo... Los fuertes olores se me suben a la cabeza... Aquí están los camarotes de crujientes mamparos... Después, la cámara del capitán... Salgo. Subo a la toldilla y tengo la audacia de imprimir un cuarto de vuelta a la rueda del timón... Me parece que el barco va a separarse del muelle... y soy yo, timonel de ocho años, el que va a conducirlo a la mar...".

Al leer esas líneas, la aventura de subir a un barco al anochecer, recorrer su cubierta y llegar hasta los camarotes, parece más una travesura infantil que todo un intento de escapar como polizón; y atribuirlo a un desengaño amoroso a tan temprana edad, sencillamente no parece lógico.

En cuanto a su padre, descrito por algunos exégetas de la vida y obra vernianas como "un rígido burgués, pío e implacable", que habría llegado a azotar al niño con un látigo ante toda la familia tras desbaratar su intento de fuga, y que forzando su voluntad le haría estudiar Leyes para heredar su bufete, las cosas tampoco cuadran. Sobre todo si volvemos a leer al propio Verne: "Éramos una familia muy feliz. Nuestro padre, que fue un hombre admirable, era parisiense de nacimiento... Mi madre era bretona... Tuve una juventud muy feliz. Mi padre era un hombre de gran cultura y saber literario. Escribía canciones... Pero no tenía ambiciones y aunque, si lo hubiera deseado, podía haberse distinguido en el campo de las Letras, evitaba todo tipo de publicidad... Ninguno de nosotros ha sido ambicioso... Mi hermano Paul era, y es, mi amigo más íntimo... ¡Qué excursiones más maravillosas solíamos hacer por el Loira en botes mil veces remendados...! Unas veces el capitán era yo y otras lo era Paul. Pero Paul era el mejor. Después se alistó en la Marina y podía haber llegado a ser un funcionario distinguido. Pero era un Verne y no tenía ambiciones". Como vemos, salvo la referencia a la falta de ambición familiar, no hallamos ni un solo reproche a su progenitor. ¿Olvido voluntario desde la madurez? ¿Sentido del deber de mantener en privado las sombras familiares? O, ¿las cosas fueron realmente como nos dice?

b) *París*. Verne llega a París en noviembre de 1847. Tiene diez y nueve años y ya ha metabolizado su revés sentimental cuando inicia los estudios de Derecho. Quiere licenciarse y, sobre todo, ser escritor. Su afán vital sigue siendo literario. Son tiempos política y socialmente convulsos, ya que en 1848, el mismo año en que Marx publica su *Manifiesto Comunista*, estalla la revolución que hace caer la monarquía de Luis Felipe I y permite la llegada de la 2ª República con Carlos Luis Napoleón Bonaparte, Napoleón III, como presidente.

Jules Verne no estará en las barricadas. Se hospeda en una pensión en el Barrio Latino y sobrevive gracias a una magra asignación que recibe de su familia. Quiere escribir y por lo tanto necesita leer. ¿Será verdad que pasa una semana a pan y leche para conseguir las obras completas de Shakespeare? Pero, no olvidemos que vive en París; en el núcleo de ese turbión de gran literatura que constituyen Balzac (1799-1855), Flaubert (1821-1880), Lamartine (1790-1869), Gautier (1811-1872), Musset (1810-1857), Merimée (1803-1870), los Dumas, padre (1802-1870) e hijo (1824-1895); y, por encima de todos, Victor Hugo (1802-1885), el Poeta por antonomasia, a quien citará con fervor en varias de sus obras.

Gracias a la influencia de su tío, el pintor Chateaubourg, pronto es admitido en los salones literarios. En ellos conoce un día a Alexandre Dumas padre, que queda impresionado por el carácter y la imaginación del joven. Ese encuentro y la amistosa relación que se establece entre los Dumas y Verne resultarán claves en su carrera. Así, tras escribir varias obras de teatro que no llegan a escena, bajo el padrinazgo de Dumas su obra en verso *Las pajas rotas* es estrenada en junio de 1850 y alcanza las doce representaciones. No está nada mal para un autor de 22 años. En ese año se licencia en Derecho y decide dedicarse por entero a las Letras; y, contra la idea paterna, seguir en París.

Poco después, en 1854, sufre una parálisis facial que recidivará en varias ocasiones y le mortificará a lo largo de su vida.

Escribe frenéticamente operetas, teatro y novela (*La Guimard, Un drama en México, Martin Paz, Maese Zacarías, La gallina ciega...*) y aunque publica muchos de sus trabajos en la revista *Le Musée des Familles*, y desde 1852 hasta 1855 trabaja como secretario en el Théâtre Lyrique, su economía no despega. Y menos aún cuando en enero de 1857 se casa con Honorine de Viane, viuda y madre de dos hijas, a la que había conocido siete meses antes durante un viaje a Amiens. El matrimonio desde muy pronto es un fracaso; discreto, pero un precoz naufragio.

Verne vive a salto de mata. Cada día se levanta a las cinco de la mañana para escribir; acude a la Bolsa donde trabaja como agente, da clases a estudiantes de Derecho y pasa las tardes en la Biblioteca Nacional. Y se empapa de la Biblia y de la mitología; de Horacio y de Virgilio; de Homero y Rousseau; de Ovidio y Molière; de Voltaire y Swift; de Byron y Goethe; de Shakespeare y Fenimore Cooper; de Hugo y Lamartine; y de toda la ciencia, la técnica, la geografía y la filosofía del momento.

Gracias a una invitación, en 1859 viaja a Gran Bretaña con su paisano el músico Aristide Hignard y en Glasgow visita el astillero donde se construye el *Great Eastern*, el mayor buque del momento. La tierra de Walter Scott y el Mar del Norte le impresionan.

En 1861 nace su único hijo, Michel, que por sí solo constituye un capítulo aparte, y al año siguiente, tras visitar a varios editores infructuosamente, lleva su obra *Un viaje en globo* a Pierre-Jules Hetzel. Para su sorpresa, éste lee el texto; y algo más. Comprende lo que tiene en la mano y aconseja al autor: "Déle cuerpo. Hágame de esto una auténtica novela y después hablamos". Da forma a la obra. Hablan. Se fragua un proyecto. Verne también ha leído la situación. Sabe que competir con Balzac, Hugo o Lamartine es tarea titánica y vislumbra el que será su "nicho lite-

rario". Un campo por estrenar. Quiere escribir "la novela de la ciencia". Hetzel le ofrece un contrato. El autor se compromete a escribir tres novelas cada año durante los veinte siguientes...

Cinco semanas en globo se publica en enero de 1863. El relato del viaje del doctor Samuel Fergusson, Dick Kennedy y Joe desde Zanzíbar hasta Senegal en el globo Victoria, explorando los territorios de África que no habían alcanzado las expediciones de Burton y Speke, obtiene un éxito inmediato. La maestría narrativa es tal, que un editorial del diario *Le Figaro* se pregunta: "¿El doctor Fergusson es imaginario, o realmente existe?"

Acaban de nacer los *Viajes extraordinarios*, una serie de 54 obras que cambian la vida a su autor y le harán inmortal. Muchos de esos Viajes ven la luz por entregas en otra publicación de Hetzel, el *Magazine d'Éducation et Récréation*, título que define la saintsimoniana idea, tanto del editor como del autor, de educar e ilustrar a la juventud en aras de una "sociedad mejor".

Verne cumple el contrato y, limitándonos a los puntos que nos parecen más relevantes en su biografía, recordamos que en 1865 muere Estelle Duchêne d'Asnières, mujer a la que debió de amar a escondidas y de la que nada significativo hemos hallado en la bibliografía consultada.

En 1867 viaja con su hermano Paul a Liverpool, donde se embarcan en el *Great Eastern* rumbo a Estados Unidos. De este viaje y una breve estancia en Nueva York saldrá su novela *Una ciudad flotante* (1869).

Y su economía no sólo flota, más bien navega; nunca mejor dicho, porque al año siguiente puede permitirse el lujo de adquirir un yate, al que en honor de su hijo bautiza con el nombre de Saint Michel. (Sin embargo, el niño, que probablemente ha crecido sin atención ni afecto, pronto se muestra rebelde en exceso. Y Verne es duro, incluso cruel, con un vástago que no hace más que darle problemas. A los ocho años, con un eufemismo propio de la época: "reclusión por vía de corrección paterna", lo lleva a un internado. Y cuando a los 17 años sale del correccional, lo despacha como grumete en un barco hacia la India...)

Durante la guerra que, en su clásico quiero y no puedo, Francia declara y pierde con Prusia en 1870-1871, Verne sirve como guardacostas en Crotoy, en el estuario del Somme. Napoleón III se rinde en Sedán a primeros de septiembre de 1871 y pocos días después se proclama la 3ª República. El proletariado revolucionario establece en marzo el "Gobierno de la Comuna" en París. La respuesta del Ejército es brutal. La capital es asediada y en los disturbios son destruidos los talleres de Hetzel. Verne debe volver a trabajar como agente de Bolsa; pero, esta vez sólo por unos meses, porque un libro escrito en 1870, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, permite la recuperación de Hetzel y otorga al escritor un nuevo triunfo.

c) *Amiens*. A finales de 1871, poco después de morir su padre, Verne abandona definitivamente París para instalarse en Amiens, a las orillas del Somme, donde proseguirá sus *Viajes extraordinarios*. Desde ahí partirá en sus cruceros en el Saint Michel II y después en el Saint Michel III, a Noruega, otra vez Escocia, las Hébridas, Holanda, Dinamarca y el Mediterráneo.

En 1881, Michel, que no se había quedado en la India, se casa con una cantante de la que se divorcia muy pronto y a la que el padre debe socorrer económicamente. Por si no bastara,

en 1883 se va a vivir con una menor de 16 años con la que muy pronto tiene dos hijos. Curiosamente, esta mujer le hace sentar cabeza; al menos en el campo sentimental, porque se embarca en negocios ruinosos y contrae deudas que Verne ha de cubrir. (Sin embargo, pasado el tiempo, Michel demostrará talento literario y dará forma a algunos textos dejados inconclusos por su padre).

1886 es un mal año para el escritor. En marzo, su sobrino Gastón, el hijo de su querido hermano Paul, en pleno delirio persecutorio durante una crisis psicótica, le dispara un tiro en una pierna. El proyectil queda alojado en la tibia y la herida evoluciona mal. La deambulaci3n ser1 dolorosa desde entonces. Convencido de que ya no podr1 volver a navegar, vende el Saint Michel III. Y, como las desgracias no suelen venir solas, en ese mismo a1o, Hetzel, su editor, amigo y correligionario, muere. El golpe es duro.

Pero, Verne no da un paso atr1s y entra en la pol1tica local (*Ville d'Amiens. 1lections Municipales du 6 mai 1888. Candidats R1publicains, n1 34. Jules Verne, homme de lettres*), siendo elegido y ocup1ndose de la administraci3n del Teatro municipal.

Con las limitaciones que le produce la diabetes que le diagnostican en 1896, contin1a en activo. Al a1o siguiente encaja en silencio el dolor por la muerte de su hermano Paul, a su vez lacerado por la psicopat1a y triste muerte de Gast3n en una casa de salud. Pero Verne nunca ha necesitado refugios ni buscado para1sos. Le basta el trabajo de creaci3n de personajes, imaginaci3n de situaciones, decisi3n de desenlaces.

El invierno es fr1o en Amiens, pero sigue levant1ndose cada d1a a las cinco de la ma1ana. En su habitaci3n, el escritorio, bajo un gran ventanal que da a levante y le permite ver c3mo amanece tras la Catedral; la biblioteca, abarrotada de libros y fichas (se conservan m1s de veinte mil, llenas de datos manuscritos), y la sala de mapas de su casa en el Boulevard Longeville, son callados testigos de su andar dif1cil, de su esfuerzo por leer a pesar de las cataratas y la retinopat1a diab1tica; de su necesidad de escribir hasta el 1ltimo momento.

Jules Gabriel Verne muere en coma diab1tico el 27 de marzo de 1905. 1Ser1 cierto que, fiel a su rom1ntico ideario saintsimoniano hasta el final, sus 1ltimas palabras consciente son una exhortaci3n: "sed buenos"?

Soporte de su obra

Los *Viajes extraordinarios* constituyen la contribuci3n fundamental de Verne a la historia de la Literatura. Por ellos es recordado hoy y lo ser1 ma1ana. Unos *Viajes* en los que cabe apuntar tres aspectos esenciales. Por un lado, la filosof1a que inspira al autor; por otro, los aspectos cient1ficos que impregnan sus p1ginas, fruto de la explosi3n de ciencia y t1cnica que en Europa y EEUU se produce en el siglo XIX; y, finalmente, la geograf1a, que precisamente entonces se convierte en un conocimiento vivo, fruto de las expediciones de cient1ficos y exploradores a todos los rincones de la Tierra.

Muy probablemente, el soporte filosófico de Verne se halla en Saint Simon (1760-1825), Guépin (1805-1873), y Comte (1798-1857). Así, la ideas saintsimonianas de extensión de la educación y la cultura, la garantía del trabajo para todos en función de las capacidades individuales, la necesidad de una nueva moral, la marginación de las clases ociosas, la cooperación del capital en el desarrollo económico y social del mundo, y la orientación de la propiedad privada hacia un "buen fin"; o las ideas de su paisano, el oftalmólogo Ange Guépin, de erradicación de la miseria y las enfermedades, difusión de la enseñanza y traducción del conocimiento y el progreso en bienestar, libertad y fraternidad de los individuos y los pueblos; y el pensamiento de Comte ("Los hechos deben ser ordenados en leyes, cuyo último sentido es la predicción de los fenómenos futuros y el progreso del hombre hacia una vida cada vez más cómoda y feliz. Sólo podemos conocer con certeza hechos positivos y sus leyes...") subyacen en la obra de Verne. Y con los matices que se deseen, los protagonistas de sus *Viajes* sobre todo son individuos; individuos decididos, con energía moral, que saben, trabajan, analizan los hechos, se enfrentan a los problemas, los resuelven... y se mueven. Existe la reflexión, pero no la auto-onfaloscopia en la obra verniana.

En cuanto a los aspectos científicos de sus libros, no debemos olvidar que Verne por encima de todo es un escritor; nunca estudió ciencias y por lo tanto no es un científico, como tampoco es un inventor ni un profeta. Pero posee una cultura enciclopédica y talento; y la infinidad de libros, mapas, periódicos y revistas que consulta le permiten documentarse hasta el último detalle. Todo lo que incorpora en sus páginas lo ha consultado en las fuentes más fidedignas del momento. Sus *Viajes* son *Extraordinarios*, sí, pero muy pocas veces son inverosímiles.

Recordemos que el siglo XIX ve el comienzo de la ciencia moderna. Trayendo aquí sólo algunos nombres y asumiendo la injusticia de no incluir otros muchos notables, el XIX es el siglo en el que Mendeleieff (1834-1907) y Meyer (1830-1895) apuntan la primera tabla periódica de los elementos, Maxwell (1831-1879) escribe la teoría de los campos electromagnéticos, von Helmholtz (1821-1894) demuestra el primer principio de la termodinámica, y en el que Faraday (1791-1867) describe la inducción electromagnética y las leyes de la electrólisis; es el centenio en el que Wöhler (1800-1882) sintetiza la urea, Gay-Lussac (1778-1850) publica sus observaciones sobre la dilatación de los gases y el magnetismo terrestre, y en el que de Cauchy (1789-1857) formula la teoría de funciones de variable compleja; el siglo en el que Lord Kelvin (1824-1907) demuestra que el hielo se funde a diferentes temperaturas en función de la presión y en el que Arago (1786-1853) fabrica el primer electroimán, Bell (1847-1922) el primer teléfono y Edison (1847-1931) la primera lámpara incandescente; o en el que Siemens (1816-1892) fabrica la primera dinamo eléctrica y en el que Darwin (1809-1882) publica *El origen de las especies* (1859). El siglo XIX es, en fin, en el que Pasteur (1822-1895) sienta las bases de la microbiología, Koch (1843-1910) identifica el bacilo de la tuberculosis (1882) y en el que Claude Bernard (1813-1878) publica la *Introducción al estudio de la medicina experimental* (1865). No serán, sin embargo, las ciencias biológicas en general, ni la medicina en particular, temas que tengan un interés especial para Verne.

La geografía completa el trípode en el que se sustentan los *Viajes extraordinarios*. Si el siglo xvi es el de los grandes descubrimientos, y en el xvii y xviii se completan los detalles de la geografía de nuestro planeta, en el xix aún quedan puntos oscuros en la Tierra. Así, el mítico y siempre helado Paso del Noroeste, que permitiría, entre las islas del norte de Canadá, llegar desde el Atlántico al Pacífico, o las no menos míticas Fuentes del Nilo, aún están por confirmar o descubrir. En el siglo xix la geografía se hace científica. Alexander von Humboldt (1769-1859), otro hombre de cultura enciclopédica, en sus viajes por Asia, Centro y Sudamérica incorpora observaciones sobre grupos humanos, clima, meteorología, matemáticas, física marítima, geología y etnografía, todo ello con visión integradora y una virtud añadida: el orden. En este siglo el misionero escocés Livingstone (1813-1873) descubre el río Zambeze; Stanley (1841-1904) el lago Victoria-Nyanza y Speke demuestra en 1858 que el Nilo, el río más largo de la Tierra, nace en ese gran lago, en el corazón de África. Verne estudia las comunicaciones de cada viaje, de cada expedición, de cada éxito y de cada desastre; y se relaciona con su compatriota Élisée Reclus (1830-1905), geógrafo peripatético, autor y coordinador de una *Geografía universal* en 19 volúmenes que es todo un hito. Los conocimientos geográficos pasan a ser una necesidad no sólo para los ilustrados, sino también para muchos ciudadanos de a pie. Y Verne lo sabe.

Obra

Pretender glosar aquí cada uno de los libros de Verne no sería sensato. De ahí que recordemos tan sólo algunos de los que nos parecen imprescindibles para tener una opinión sobre su obra. Así, de lo publicado antes de los *Viajes extraordinarios* deben destacarse dos obras breves: *Martin Paz* (1852) y *Maese Zacarías* (1854).

Martin Paz se desarrolla en el Perú colonial y narra el amor imposible entre un indio descendiente del legendario Manco Capac, fundador del imperio inca, y Sara, joven depositaria de todos los dones, que pasa por ser hija del judío Samuel. Novela romántica por los cuatro costados, ya muestra la baja estima que el autor siente por España y sus habitantes ("soberbia como una española... la despreocupación consustancial con la raza española... españoles hijos degenerados de una raza poderosa..."), una opinión que no mejoraría con los años, y alguna que otra cualidad incompatible con lo hoy considerado como políticamente correcto. Así, los mestizos no salen nada bien parados y Samuel es un compendio de los rasgos que históricamente (codicia, doblez, obsesión económica...) se han atribuido a los hijos de Israel. Al final, Sara, que resulta ser hija de un marqués español en decadencia, y Martin Paz, que por amor es considerado un traidor por los de su raza, mueren precipitándose por una catarata.

Maese Zacarías cuenta la historia de un relojero que, obsesionado por la perfección de su obra, ve cómo los relojes que ha hecho a lo largo de su vida se detienen y no pueden ser arre-

glados. Tal imposibilidad le enloquece. "He encerrado una parte de mi alma en cada una de estas cajas... Cada vez que una se para, siento que mi corazón deja de latir..." En su vesania llega a pactar con el diablo, que toma forma de reloj, concediéndole a su hija Gérande. El último capítulo, en el que las horas en el reloj van acompañadas de frases ("el hombre puede llegar a ser igual a Dios"; "el hombre debe ser esclavo de la ciencia y por ella sacrificar padres y familia") ve la muerte de Zacarías en un castillo en ruinas y el triunfo del amor de Gérande y Aubert, fiel pupilo del relojero. Romanticismo en estado puro, sin duda; pero también la observación, ya entonces, de adónde puede llevar la obsesión por la ciencia; el llegar a creer que "de la mano del hombre puede salir el infinito".

Ya vimos páginas atrás cómo *Cinco semanas en globo* (1863) es el primero de los *Viajes extraordinarios* que ve la luz. Verne se ha documentado de todo lo que se sabe sobre globos aerostáticos. Dota al *Victoria* de dos capas de tafetán y lo llena del hidrógeno que "produce" a bordo a partir de agua con unas gotas de ácido sulfúrico y una pila de Bunsen. Eso es precisamente lo que los técnicos están empezando a hacer, y lo que permite al *Victoria* ascender y descender a voluntad en su viaje de Este a Oeste a través de África aprovechando los vientos alisios. El libro es, además de un compendio de aventuras, un repaso de las expediciones que hasta ese momento se han hecho por el continente negro, y significa la irrupción de Verne ante el gran público.

Abrimos aquí un largo paréntesis. (En el mismo año en que sale de la imprenta *Cinco semanas en globo*, el autor envía a Hetzel otra obra, *París en el siglo xx*, que tardará más de un siglo en ser editada. Su argumento choca de frente con el ideario de los *Viajes extraordinarios*. En la megalópolis tecnificada hasta las raíces que es el París de 1967, cuyos habitantes se mueven en un metro dispuesto en cuatro círculos concéntricos, y en la que el Ministerio de Educación ha sido sustituido por la "Sociedad General de Crédito Instruccional", que centraliza toda la educación en Francia, el 99% de los estudiantes se licencian en disciplinas "útiles" como economía, mecánica, comercio, ingeniería, matemáticas o ciencias naturales. Las mujeres, otrora elegantes y con estilo, son seres cínicos, endurecidos, masculinizados, preocupadas únicamente por su carrera. Michel Jérôme Dufrénoy desea escribir poesía y teatro. Ni que decir tiene que todos se mofan de él y que no consigue un editor para su obra. Se enamora de Lucy Richelot, hija de un profesor de retórica, y es correspondido. Pero, la temperatura en París cae bruscamente. El frío causa el hambre y la muerte de los pobres, y Lucy y su padre son expulsados de su humilde apartamento. Michel no logra encontrar a su amada. En el último capítulo, titulado *Et in pulverem reverteris*, Michel se halla en el cementerio de Père-Lachaise. Ante la tumba de Alfred de Musset llora. La novela acaba bruscamente con la caída y muerte del protagonista sobre el suelo helado.

Hetzel lee el manuscrito. En la carta que escribe al autor no sólo hace un acertado análisis crítico del texto, también añade: "lamento decirle que publicar esta novela sería un desastre para su reputación. Aunque usted fuera un profeta nadie creería hoy sus profecías... Usted aún no está preparado para escribir un libro así. Espere veinte años...". Verne acepta el consejo y la

novela queda dormida en un cajón... Hasta que un tataranieta la encuentra en 1987. Tras una hábil campaña de mercadeo, la editorial Hachette la publica en 1994. En Francia el éxito es enorme.

París en el siglo XX rebate todos los análisis psicológicos que hasta 1994 se habían hecho sobre Verne. Así, un supuesto optimismo hasta 1886 para dejar lugar a la misantropía a partir de ese año, ya no puede aceptarse. Cuando la escribe, 1863, tiene 35 años y está comenzando los **Viajes extraordinarios**. Pensamos que su visión de la Humanidad ya estaba definida y que quizá no debió cambiar mucho a lo largo del tiempo. Pero, sabe que en ese momento no puede permitirse el lujo de ser crítico, pesimista y misántropo en público. Eso era, y es, antipático para las masas. Veinticinco años más tarde, cuando sea un escritor consagrado y su economía ya no esté en juego, podrá publicar lo que realmente piensa. Que no se traduce precisamente en literatura pediátrica).

Viajes y aventuras del capitán Hatteras, que incluye **Los ingleses en el Polo Norte y Una invernada entre los hielos**, se publica por entregas entre 1863 y 1864, y constituye la primera gran novela marítima de Verne. "La campaña será larga y penosa, pero honorable..." nos adelanta en el capítulo 2. No nos defrauda. Su amor y el respeto por la mar subyace en cada página; y la minuciosidad con la que prepara la expedición al Polo Norte, el detalle con el que describe el bergantín *Forward* (qué hermoso nombre para tamaña empresa), la idea obsesiva que mueve al protagonista, la desolación, la grandeza y hostilidad del entorno, la abnegación, la inteligencia y la energía y capacidad de superación de sus protagonistas, o el admirable manejo de los *tempos*, nos acompañan en uno de los libros más bellos que se han escrito sobre una expedición cuasi sobrehumana. El frío, las congelaciones, el escorbuto y el recuerdo de los desastres en que se convirtieron casi todas las expediciones que buscaban el Paso de Noroeste, nos atenazan. El capítulo 20, *La isla Beechey*, incluye el conmovedor epitafio que la esposa de John Franklin encargó colocar a Mac Clintock en los campos de hielo donde debió morir el gran marino: "A la memoria de Franklin, Crozier, Fitz-James y de todos los valientes hermanos, oficiales y fieles compañeros que sufrieron y perecieron por la causa de la ciencia y para la gloria de su patria. Esta piedra está erigida cerca del lugar donde pasaron su primer invierno ártico y de donde partieron para triunfar sobre los obstáculos o para morir. Consagra el recuerdo de sus compatriotas y amigos que los admiraron, y la angustia dominada por la fe de la que perdió en el jefe de la expedición al más leal y cariñoso de los esposos. Así es como Él los condujo al puerto supremo donde todos reposan. 1855". Hatteras pierde la razón al alcanzar el Polo Norte geográfico, que Verne se concede la licencia de colocar, toda una metáfora, en el cráter de un volcán en erupción. El otro Polo Norte, el magnético, lo ha ubicado antes acertadamente en las islas Queen Elizabeth. (Deberemos esperar hasta 1906 para que Amundsen demuestre la permeabilidad del Paso de Noroeste; y hasta 1909 para que Peary alcance el Polo Norte geográfico). El objetivo de "instruir y educar deleitando" se cumple mil veces en cada capítulo de este texto en prosa... que bien pudo ser una epopeya en verso.

Después de publicar *Viaje al centro de la Tierra* (1864), *De la Tierra a la Luna* (1864-1865), la novela que descubrió a Gagarin su vocación astronáutica, y *De Glasgow a Charleston* (1865), sale de la imprenta *Los hijos del capitán Grant* (1866-1867), su obra más "geográfica". A partir de un texto en inglés, francés y alemán, parcialmente borrado, que sólo permite una localización muy imprecisa de un capitán escocés y la tripulación de su barco, el *Britannia*, a lo largo del paralelo 37 de latitud sur, un lord escocés, su esposa y los hijos del capitán se lanzan en el yate *Duncan* a la gran aventura de su rescate. Siguiendo la línea de ese paralelo, irán desde la costa atlántica de Chile hasta Australia. Además de incluir todas las virtudes que hallamos en los héroes de Verne, junto a infinidad de descripciones de detalles geográficos ("ver es una ciencia"), que obligaron al autor a un estudio extraordinario, en este libro aparecen, por un lado, uno de los pocos personajes que en toda su obra es un geógrafo profesional: el erudito y despistado francés Paganel; y, por otro, el traidor Ayrton, el contra-maestre del *Britannia*. Tras mil vicisitudes, que obviamente conducen a un final feliz, Verne nos plantea el problema, no menor, del peso de la traición y de la culpa.

Veinte mil leguas de viaje submarino, tal vez su novela más elaborada, aparece en 1870. Mientras la prepara, escribe a Hetzel: "¡Ah, mi querido amigo, jamás podría perdonarme si este libro resultara fallido! Nunca he tenido entre las manos un tema tan hermoso". Si ya nos ha llevado a través de África, al centro de la Tierra, al Polo Norte y hasta la Luna, ahora nos permite correr un sinfín de aventuras a la vez que pone ante nuestros ojos todo un tratado de geografía, ictiología y flora submarinas. Verne vuelve a darnos una lección de viva y admirable erudición. Conoce bien el trabajo de Fulton, que en 1801 ha construido un submarino rudimentario; o el de Bushnell, cuyo submarino ha hundido un buque inglés en 1812 durante la guerra entre EEUU e Inglaterra; como sabe también que Monturiol ha construido el *Ictíneo I* en 1859 y el *Ictíneo II* en 1864. Narrada en primera persona por uno de los múltiples protagonistas franceses que aparecen en la obra verniana, el profesor Aronnax, médico, naturalista y, sobre todo, culto, en estas páginas crea dos arquetipos. Por un lado, la propia nave, el *Nautilus*, prodigio de autonomía, a cuya descripción dedica el capítulo XI. Nave que si morfológica y técnicamente es extraordinaria, en sus entrañas lleva una biblioteca de 12.000 volúmenes (desde Homero a Víctor Hugo... desde Rabelais a George Sand... e Historia Natural: Humboldt, Arago, Foucault, Faraday, Berthelot, etcétera), "una treintena de cuadros de maestros (Rafael, Leonardo, Correggio, Tiziano, Veronese, Murillo)" y partituras de Weber, Rossini, Mozart, Beethoven, Haydn. Pero, el gran arquetipo es su comandante, el capitán Nemo (*nemo*, *-inis*: ninguno, nadie; el hombre hermético que, atormentado por un pasado abrumador, se oculta en el fondo de las aguas). La mar. El mar. El gran progenitor. En el capítulo X, Aronnax dice a Nemo: "—Usted ama el mar, capitán. —¡Sí, lo amo! ¡El mar lo es todo!... Es el inmenso desierto en el que el hombre nunca está solo, porque siente vibrar la vida a su lado... es el infinito viviente... Por el mar el globo ha comenzado, y quién sabe si no terminará también por él. Aquí está la suprema tranquilidad... ¡Solamente bajo el mar está la independencia!... ¡Aquí soy libre!", contesta el misántropo

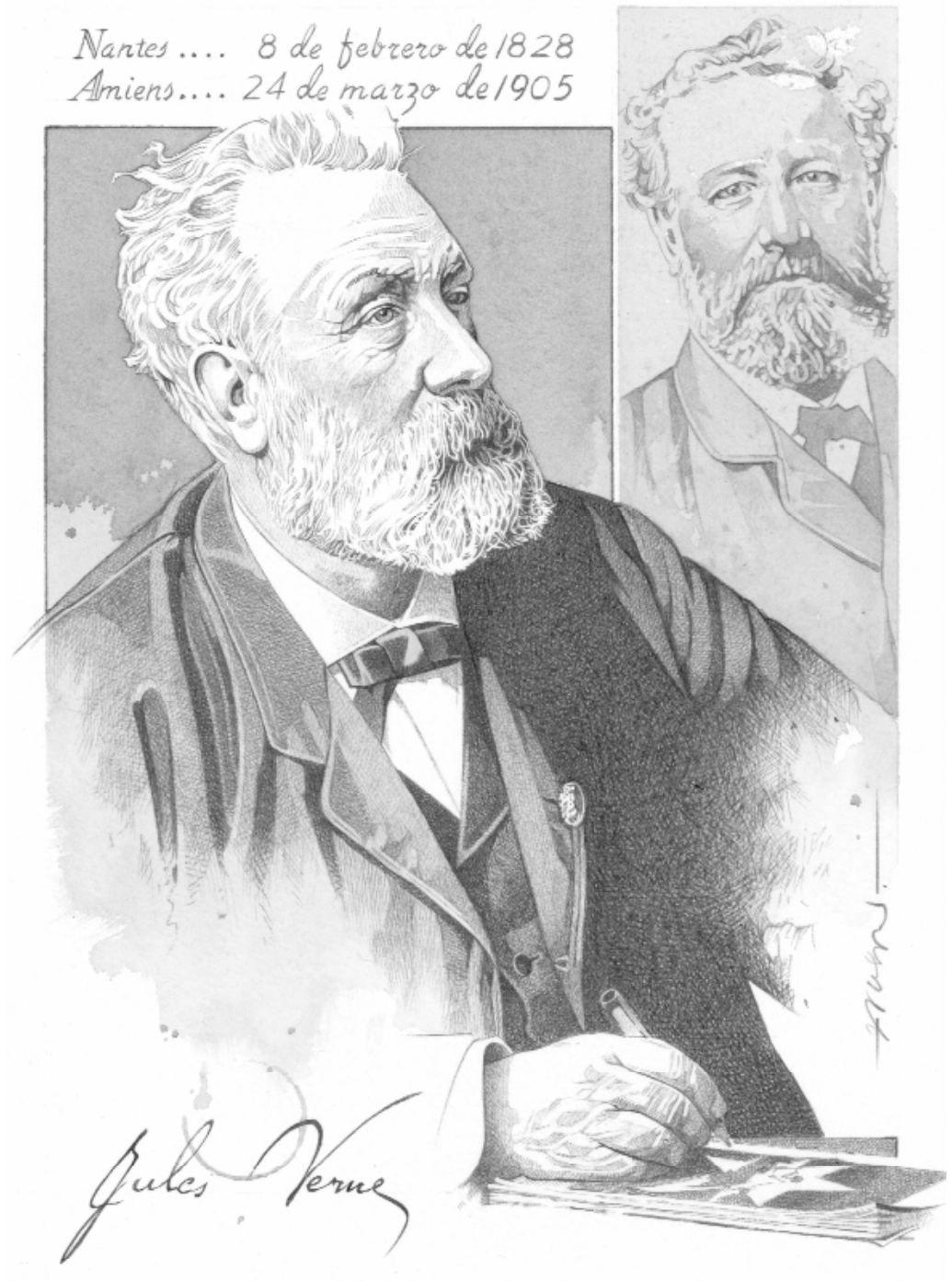
Nemo. Y qué decir del canto que dedica a su navío: "¡Verdaderamente es un barco maravilloso su *Nautilus!* –Sí, señor profesor –repuso con verdadera emoción el capitán Nemo–, y lo amo como a la carne de mi carne... he aquí el navío por excelencia. Y si es verdad que el ingeniero tiene más confianza en el barco que el constructor, y el constructor más que el capitán mismo, comprenda con qué seguridad confío en mi *Nautilus*, puesto que yo soy todo a la vez, capitán, constructor e ingeniero". Si el *Nautilus* es *mobilis in mobili*, un mundo aparte; Nemo es el hombre completo. Pero solo. Triste, como la grandeza. Cuánta desesperanza y cuánto de Verne hay en el capítulo XXIV: "Lo comprendí todo. Aquel claro era un cementerio; aquel agujero era una tumba; aquel objeto oblongo era el cuerpo del hombre muerto durante la noche... El capitán Nemo y los suyos venían a enterrar al compañero en aquella casa común, en el fondo del inaccesible océano... –Al menos, sus muertos duermen allí tranquilos, capitán, lejos del alcance de los tiburones. –Sí, señor –respondió gravemente el capitán Nemo–, ¡de los tiburones y de los hombres!" Y Verne, que ha ido dividiéndose entre Aronnax y Nemo a lo largo de la novela, qué lección de maestría narrativa nos da al finalizarla dejando al capitán y su *Nautilus* en el centro de un *maelstrom*.

Alrededor de la Luna se publica por entregas en 1868-1869 en el *Magazine d'Éducation et Récréation* y **Una ciudad flotante** en 1869. Ya vimos cómo Verne había viajado a EEUU en el *Great-Eastern* en 1867. En ese gran barco ("Es más que un buque: es una ciudad flotante, un pedazo de territorio desprendido del suelo inglés...") se desarrolla una historia en la que el amor llegará a rescatar a una joven de la locura; y esa historia amalgama las sensaciones del impresionado autor durante la travesía y su fugaz estancia en Nueva York. Es, asimismo, una de las pocas obras en las que hace alguna concesión al humor: "–Creo en los muertos que resucitan, y esto es tanto más extraño, cuanto que soy médico. –¿Médico? –preguntó el capitán Corsican–, retrocediendo como si aquella palabra le asustase. –Tranquilícese usted, capitán –respondió el doctor Pitferge sonriendo amistosamente–; cuando viajo no ejerzo mi profesión... –Respire usted, capitán, respire a sus anchas... Aquí hay aire para todos y no hay que economizar la brisa. El oxígeno es una gran cosa, y debemos confesar que los habitantes de París y Londres no lo conocen más que de nombre. –Sí, replicó el capitán, prefieren el ácido carbónico; cuestión de gustos...". Y qué decir de la exclamación que incluye en el último capítulo: "¡Ah!, ¡qué hermoso es viajar, aunque se vuelva del viaje!".

La vuelta al mundo en ochenta días (1873) ilustra el fenómeno que empieza a producirse en Europa a finales del siglo XIX: el de los viajes. Parece ser que su título le vino dado al autor por una revista, *Le Magazine Pittoresque*, en la que se describía un itinerario alrededor del mundo similar al que seguirán Phileas Fogg y Jean Passepartout. Prototipo del *síndrome de Ulises* (partir, pasar por mil vicisitudes y regresar como si nada hubiera ocurrido a la Ítaca de partida) habitual en los viajes vernianos; prodigio de estructura, elaboración, y dominio del ritmo (pocas veces encontraremos en la literatura un análisis tan ingenioso de la simultaneidad espacio-tiempo) narra un viaje que es consecuencia de una apuesta. Ordenado y exacto, Fogg, su protagonista, acompañado de su criado recién contratado, partirá de su domicilio en

Londres a dar la vuelta al mundo en un plazo fijado para, aun poniendo en riesgo su hacienda, demostrar que *lo que es posible es real*. Infinidad de aventuras y circunstancias pondrán a prueba su flema. Y, cuando todo parece estar perdido y los protagonistas creen llegar a Londres un día después del tope; cuando todo lo pasado parece haber sido inútil, Verne nos hace un requiebro inolvidable, y en realidad aún están a tiempo de triunfar en su odisea particular: "marchando hacia el Este, Phileas Fogg iba al encuentro del Sol, y por lo tanto los días disminuían para él tantas veces cuatro minutos como grados recorría en esa dirección. Los trescientos sesenta grados de la circunferencia terrestre, multiplicados por cuatro dan precisamente veinticuatro horas, es decir, ese día ganado inconscientemente..." Ciencia y geografía. Espacio y tiempo. Parafraseando a Kipling, bien puede decirse que en esta obra "cada inexorable minuto está nutrido por sesenta segundos de distancia recorrida". Pero, Verne, no sólo premia el esfuerzo de Fogg haciéndole ganar su insensata apuesta; le concede algo que para él estuvo vedado: "¡Había realizado en ochenta días aquel viaje alrededor del mundo! Había empleado para hacerlo todos los medios de transporte, paquebotes, ferrocarriles, coches, yates, barcos mercantes, trineos, elefante. El excéntrico caballero había desplegado en este asunto sus maravillosas cualidades de sangre fría y exactitud. ¿Pero, y después? ¿Qué había ganado en aquel desplazamiento? ¿Se dirá que nada? Nada, de acuerdo, si no es una encantadora mujer que, por inverosímil que ello pueda parecer, le hizo el más feliz de los hombres. En verdad, por algo así, ¿no se daría la vuelta al mundo?"

La isla misteriosa (1874) es utopía, riesgo, esperanza, pulso, optimismo controlado, compendio de mitos, broche... y una obra maestra. Desde el espléndido comienzo ("—¿Remontamos? —No, al contrario, bajamos. —Peor que eso, señor Ciro, caemos!") con cinco hombres en un globo en medio de un huracán sobre el océano Pacífico, hasta las últimas páginas Verne nos da toda una lección de dominio de la acción, didactismo y literatura. Los protagonistas: Ciro Smith ("de Massachusetts, era un ingeniero, un científico de primer orden..., uno de esos ingenieros que han querido comenzar por manejar el martillo... verdadero hombre de acción a la vez que de pensamiento..."); "Gideon Spilett era de la raza de los admirables cronistas ingleses y norteamericanos... corresponsal del New York Herald"; Nabucodonosor, criado de Ciro Smith ("un negro que estaba dispuesto a serle fiel... Abolicionista convencido, Ciro Smith le había concedido la libertad, pero él no había querido abandonarle..."); Pencroff "americano del Norte que había navegado por todos los mares del globo..." y Harbert "de Nueva Jersey, hijo de su capitán... valeroso adolescente", caen casi desnudos en una isla fuera de las rutas marinas habituales Verne arriesga con esta novela; conoce la *Vida y aventuras de Robinson Crusoe*, que el inglés Defoe (1660-1731) publicó entre 1719 y 1722, y *Los Robinsones suizos*, que Wyss (1782-1830) escribió en 1814. Reincidir en lo que ya son mitos (la isla desierta, el hombre sólo con sus luces y sus manos frente a la Naturaleza) no es tarea fácil. Pero como mínimo iguala, si no supera, los modelos. El conocimiento como luz y fundamento del trabajo, del progreso y la humildad ("—¿Qué gran libro podría hacerse, señor Ciro, con lo que se sabe! —Otro mucho mayor todavía podría hacerse con lo que no se sabe, respondió Ciro Smith"); la valoración de



las herramientas como instrumento y símbolo de la capacidad y, a la vez, de los límites del hombre (con qué fruición nos detalla el contenido del cajón flotante que el bienhechor y oculto habitante de la isla hace llegar a los naufragos: "3 navajas de varias hojas, 2 hachas... 6 escoplos... utensilios, libros..."); el respeto y la admiración por los dones que la Naturaleza otorga a los que trabajan (¡qué prodigio el capítulo del grano de trigo hallado en el fondo de un bolsillo, que permitirá a los naufragos alcanzar uno de los más universales símbolos, el pan!). Sin embargo, la isla, a la que no por azar han bautizado con el nombre de *Lincoln*, es utopía. El *no lugar* no puede existir sobre la superficie de la Tierra; y el volcán, otra vez el volcán como mito, pone fin a la armonía, al paraíso que, un tiempo inmemorial atrás, él mismo creara.

Pero, *La isla misteriosa* también es broche, ya que con su fin culminan otras dos obras que por un momento creímos acabadas. A ella ha venido a parar Ayrton, el hombre que traicionó al capitán Grant; el hombre que ha medido la dimensión de su felonía, pero que con el trabajo y la acción heroica llega a redimir su culpa. Finalmente, el habitante oculto de la Isla es Nemo, el ser protector de los naufragos; el que sin mostrarse les proporcionó herramientas, instrumentos o quinina... El capitán que, gota a gota, ha ido perdiendo su tripulación; el hombre que sabiéndose morir llama a los naufragos y en uno de los últimos capítulos les cuenta el porqué de su odisea. Y su navío, que sólo ahora sabemos superó la prueba del *maelstrom*, y que por un movimiento telúrico se encuentra bloqueado en una caverna de la que ya no podrá salir... Verne, conmovido y conmovedor, medirá cada sílaba al describirnos su definitivo viaje hacia el fondo del mar: "y el *Nautilus*, hundiéndose poco a poco, desapareció bajo la sábana líquida. Pero los colonos pudieron seguirle todavía a través de las profundas capas de agua. Su luz iluminaba las aguas transparentes..." El *Nautilus* será sarcófago y la caverna, cripta. Y el lector lamenta que apenas queden unas páginas para que la novela, la utopía que ha tenido entre las manos, termine.

Al final, un barco, el *Duncan*, con el que lord Glenarvan rescatara a los hijos del capitán Grant, viene en auxilio de los colonos de una isla de la que ya sólo quedan unas rocas. El círculo se ha cerrado.

Tras *La isla misteriosa* Verne publica *El Chancellor* (1875), antítesis de todo lo previo. "Su realismo es repugnante", dirá Hetzel de esta novela. Narrada en primera persona, nos describe adónde pueden llevar la vesania de un capitán y la insensatez de un hombre. El fuego que se produce a bordo del barco y su lento hundimiento someterá a todo tipo de penalidades a sus desgraciados pasajeros, que llegarán a la antropofagia ("—Señor —me dice el contramaestre—, vale más comerse a un muerto que a un vivo...") y a la sublevación de los necios que ven en la igualdad una solución ("—¡Que no haya más mando en la balsa! ¡Todos iguales! —¡Bruto estúpido! ¡Como si no fuéramos todos iguales ante la miseria!") Pero, también la caridad y la abnegación en forma de un padre que sacrifica todo por su deforme hijo, y una mujer ("La señorita Herbey no sonreía, pero ¿a quién o a propósito de qué sonreiría la infeliz muchacha, expuesta a las continuas estupideces y a los ridículos caprichos de su ama?") que pone a prueba, una vez más, la presunta misoginia del autor.

Miguel Strogoff, un magistral relato sobre la lealtad y el código ético de un arquetipo en su viaje desde Moscú hasta Irkutsk en la Siberia oriental, sale de la imprenta en 1876, y **Las Indias negras** al año siguiente. Aquí retorna al mito de las profundidades, para él tal vez el único lugar donde es posible la armonía, la felicidad incluso. A través de todo un tratado de hullología, "la mina Dochart, en Aberfoyle...", se convierte en el paraíso resucitado, el mito que creímos perdido: "¡La vieja mina va a rejuvenecer...! ¡La animación de los viejos días volverá a empezar... los golpes de los picos... la explosión de los barrenos...! ¡Yo volveré a ver todo eso!" pone en boca del viejo minero que decidió quedarse a vivir con su familia en una casa subterránea cuando la mina se agotó. Y el pensamiento del ingeniero veterano, pero aún activo: "¡Qué recuerdos...! ¡El buen tiempo del trabajo, de la lucha, el mejor tiempo de la vida del ingeniero!" Verne, inmenso poder el de su pluma, hará revivir el trabajo en la mina, y con él todo lo que permite sobrevivir al hombre: los proyectos, los sueños, la esperanza, el amor... A la vez que recuerda las terribles explosiones de grisú, tan frecuentes en las minas de hulla y antracita antes de que Davy inventara su lámpara. Y no podremos evitar una sonrisa ante el final, feliz, ingenuo, del todo previsible... y perdonable.

Tras **Hector Servadac** (1877) y **Un capitán de quince años** (1878), Verne publica **Las tribulaciones de un chino en China** (1879), una hermosa novela sobre la búsqueda de la felicidad, y, en este mismo año, otra obra que a la vez mira al pasado y al futuro: **Los quinientos millones de la Bégum**. Escrita bajo los influjos de la guerra francoprusiana de 1870, y arrimando quizá un poco más de la cuenta el ascua a la sardina de su país, cuenta cómo una herencia fabulosa se reparte entre dos proyectos opuestos. "¿Por qué no reunimos todas las energías de nuestra imaginación para trazar el plano de una ciudad modelo sobre bases rigurosamente científicas?... Edificaremos vastos colegios donde la juventud, educada en sabios principios para desarrollar y equilibrar todas sus facultades morales, físicas e intelectuales... Yo solicito que su nombre sea el de mi patria, y que llamaremos France-Ville". A su vez, "en una memoria para los *Annalen für Physiologie*, el profesor Schultze se pregunta: ¿Por qué todos los franceses presentan diferentes grados de degeneración hereditaria?... Esa masa es Stahlstadt, la Ciudad del Acero, la ciudad propiedad de herr Schultze... un establecimiento monstruo... treinta mil obreros... Fabricando cañones, como en todas las cosas, se es fuerte cuando se puede hacer lo que los demás no pueden..." No es necesario decir que Stahlstadt lleva en su esencia el germen de la autodestrucción y que France-Ville supera el peligro: "el peligro común había unido más íntimamente a todos los ciudadanos. Todas las clases se habían ido aproximando y se habían reconocido como hermanos... Para los habitantes de France-Ville había ya nacido la Patria. Habían temido, habían sufrido por ella, y habían comprendido cuánto la amaban..." Como vemos, toda una apología de la tierra propia y la libertad.

Damos ahora un salto. Desde **La casa de vapor** (1880), **La Jangada** (1881), **El rayo verde** (1881), **El archipiélago en llamas** (1884) y **La isla a hélice** (1895), para llegar a **La esfinge**

de los hielos (1897), un onírico homenaje a la novela de Poe *Aventuras de Arthur Gordon Pym* (1837). Verne nunca supo inglés y hubo de leer a Poe (1809-1849) a través de las traducciones al francés que hicieron Baudelaire y William Hughes. La obra del autor de *El cuervo* le impresionó, porque, además de dedicarle un ensayo (*Edgar Poe et ses oeuvres*; Musée des Familles; París, 1864), le hizo concebir una novela en la que hace revivir a los personajes de aquel texto magistral: "¿Cómo?... ¿Acaso la novela de Poe no es una ficción...? ¿Edgar Poe había escrito una crónica, no una novela?... Vimos a Dirk Peters arrodillado, con las manos extendidas ante un cuerpo; o, mejor, un esqueleto revestido de piel, que el frío de aquellas regiones había conservado intacto... ¡Pym! ¡Mi pobre Pym!, repetía Dirk Peters... El polo austral... ¡Cuántos descubrimientos de incalculable valor quedan aún por hacer en aquellos parajes! Arthur Pym, el héroe tan brillantemente celebrado por Edgar Poe, mostró el camino..." Qué mejor homenaje al poeta de Boston, que continuar el abierto final de su novela con toda una obra dedicada a su protagonista, del que ya dudamos si fue imaginario. Y es que, quizá, nuestra lectura de *Las aventuras de Arthur Gordon Pym* sólo terminará realmente cuando leamos el último párrafo de *La Esfinge de los hielos*.

Entre 1897, año de publicación de este libro, y 1905, cuando Verne fallece, todavía saldrán de las prensas otras diez novelas suyas...

Obras póstumas

Ya vimos cómo y por qué *París en el siglo xx* pasó más de un siglo en un cajón antes de ver la luz. Sin embargo, fue diferente el caso de otras diez obras que se editaron con cuentagotas por el hijo y sucesor de Hetzel durante los años inmediatos a la muerte de Verne. Sabemos que éste tenía la costumbre de escribir varias historias diferentes de forma simultánea, lo que explica cómo con mínimos lapsos pudiera publicar obras tan extensas y documentadas. Sólo sus extraordinarias disciplina, talento y capacidad de trabajo le habrían permitido hacerlo y, además, pulir minuciosamente los textos. No sorprende, por lo tanto, que al morir hubiera dejado algunos manuscritos inconclusos, o terminados pendientes de publicación. (Se ha especulado sobre la intervención de su hijo Michel en algunas de estas obras póstumas, que incluso han llegado a serle atribuidas, y a las que, ante la duda, no haremos referencia).

Entre estas obras póstumas debemos recordar *El eterno Adán* (1910), novela plena de simbolismo y ecos bíblicos, en la que deliberadamente se confunden futuro y pasado, y en la que hallamos una, tal vez, premonitory reflexión final del protagonista: "A través de este escrito de ultratumba imaginaba el terrible drama que se desarrolla perpetuamente en el universo... adquiriría lenta y dolorosamente la íntima convicción del eterno volver a comenzar de las cosas". El Ave Fénix. La Humanidad y su inevitable deriva a la destrucción... Y, a la vez, su renacer.

Epílogo

Transcurrido un siglo desde la muerte de Jules Verne, bien puede decirse que la cantidad y variedad de su obra son tan extraordinarias como sus *Viajes*. Y, en cuanto a su calidad narrativa, hemos visto una muestra en las páginas previas. Sin embargo, los mismos prejuicios con que tan formidable trabajo fue considerado en vida del autor, parecen estar vigentes; y, a pesar de que sus obras y personajes formen parte de la cultura y del subconsciente de generaciones, hoy sigue siendo considerado un escritor de segunda fila. Lo que no deja de ser curioso, cuando de tantos escritores "inmortales" no queda el más mínimo recuerdo a los quince minutos de su sepelio.

Las razones de esa consideración como escritor "menor" son varias. En primer lugar, el que se interesara por la ciencia y la incorporara a la narrativa sorprendió en su tiempo; un tiempo en el que la intelectualidad no miraba con buenos ojos a la ciencia. Si entonces Verne se adelantó, hoy está sobrepasado; lo que en el siglo XIX empezaba a saltar del cerebro al papel y de éste a la fábrica, hoy ya es anacrónico. Y, al igual que los científicos no le consideraban como "uno de los suyos", sencillamente porque no lo era, muchos intelectuales y literatos "puros" fueron mezquinos al valorar su obra. Así, y a pesar de que Verne tuvo un excelente estilo propio, salvo los Dumas, Tolstoi y Gautier, muy pocos contemporáneos le aceptaron. (Algo parecido a lo que hoy ocurre con eximios cultivadores de la ficción científica, como Arthur C. Clarke o Isaac Asimov.) Y es que, en los textos vernianos el objetivo no es estético; no hay lugar para el "estilo por el estilo" o el "arte por el arte", ni para los argumentos más o menos habituales. Sólo como ejemplo, en sus páginas no se encontrará ni una referencia a las pasiones infradiafragmáticas. Habrá que esperar hasta bien entrado el siglo XX para que autores consagrados como Gorki, Sartre, Claudel, Cocteau o de Saint Exupéry expresen su devoción por la obra de Verne; por su "prodigiosa capacidad de hacer soñar".

Recordemos que el objetivo esencial de muchas de sus novelas era "instruir deleitando" y por lo tanto tenían, tienen, un notable componente moralista, lo que suele disgustar a ciertas intelectualidades. Y es que Verne, además de gran escritor, fue un extraordinario docente de cultura en general, de ciencia en particular y del carácter en especial. Además, si bien tuvo en consideración las opiniones de Hetzel, fue "por libre" en cuanto a los polos del espectro político y religioso. Así, aunque en su obra son frecuentes las alusiones a la Providencia o al Sumo Hacedor, los protagonistas no hacen bandera de su credo, ni éste decide sus conductas. Si añadimos que en *El pueblo aéreo* (1896) asume la teoría de la evolución de Darwin, se entiende que la jerarquía eclesiástica del momento, guardián de los valores educativos, viera con recelo sus obras. Y, en cuanto a su trasfondo político, ¿qué partido o ideología incorporaría hoy a un individuo que ha leído "casi todo", parece creer en los valores que vierte en sus libros y que, además, admira a los EEUU, es trabajador, misántropo, pesimista e independiente?

¿Tiene hoy interés la obra de Verne? La respuesta, a tenor de las publicaciones de las *Sociedades Jules Verne* de Francia, Holanda, Reino Unido o EEUU, la reedición periódica de

sus obras, o los textos que se ocupan de él, evidentemente es sí. Como muchos, pensamos que Verne debe ser "aprovechado" en las escuelas e institutos de enseñanza media. Acaso, ¿es incompatible imaginar un velero, desde la roda hasta el codaste, con el ordenador? ¿No pueden ir de la mano la imaginación, el libro, el atlas y la probeta con la pantalla? El profesor de Literatura, el de Geografía o el de Física tendrá con él hecha la mitad del trabajo. Probablemente se llega mucho mejor al *Quijote*, al Polo Norte, al ADN o al electroimán si se empieza por cualquiera de los *Viajes extraordinarios*. El que entra en la obra de Verne no sólo imaginará, soñará, gozará y adquirirá cultura; también saldrá lector. Y cuánto adulto, descargado del lastre de insanos prejuicios, podrá disfrutar con los libros de un autor que pocos meses antes de rendir viaje resumía su trayectoria literaria en una frase: "sólo he hecho sugerencias".

Finalizamos estas páginas, la gratitud obliga, con unos versos; mínimo homenaje a quien a tantos enseñó a amar la ciencia, a imaginar las dimensiones del conocimiento y a descubrir el vital e infinito placer de la lectura.

JV

Fuiste Hatteras, Aronnax y Nemo;
Strogoff, Barbicane, Sand, Fileas Fogg;
y Fergusson, Glenarvan y Lidenbrock;
y Grant, y Ciro Smith, el ingeniero.

Forward, Chancellor, Duncan y Pingüino...
cien barcos partieron de tu tintero;
la *Halbrane*, el *Albatros* y ¡el *Nautilus!*
Tu pluma, más que lápiz, fue astillero.

Llevaste la ciencia a la novela
y creaste un campo que era nuevo;
la ciencia fue placer de mil momentos
y la novela en ti se hizo escuela.

Fuiste chauvinista hasta los huesos
y llegaste renqueante a tu destino,
soportando el desdén de los egregios
miopes, peor que muertos, aburridos.

Y si tus libros ayer fueron refugio
de un lector que iniciaba su camino,
glosar tu obra hoy, es privilegio.

Bibliografía

- Allotte de la Fuÿe M. Jules Verne: sa vie, son oeuvre. Ed. Simon Kra. Paris, 1928.
- Verne J. Souvenirs d'enfance et de jeunesse. Cahiers du musée Jules Verne. N° 10. Nantes, 1990; pp. 7-21.
- Moré M. Le très curieux Jules Verne. Ed. Gallimard. Paris, 1960.
- Salabert M. El desconocido Julio Verne. Ed. CVS. Madrid, 1974.
- Reyes L. Julio Verne. Ed. Urbión. Madrid, 1984.
- Gondollo de la Riva P. Bibliothèque de toutes les oeuvres de Jules Verne. 2ª ed. Société Jules Verne. Paris, 1985.
- Evans AB. Jules Verne rediscovered. Greenwood Press. Westport, CT, 1988.
- Taves B, Michaluk S. The Jules Verne Encyclopedia. Scarecrow Press. Landham, MD, 1996.
- Evans AB. Jules Verne and the french literature canon. En: Jules Verne. Narratives of modernity. Edmund J. Smyth. Liverpool University Press. Liverpool, 2000; pp. 11-39.
- Dumas O. Voyages à travers Jules Verne. Ed. Stanké. Montréal, 2000.